

# EL AUTOR DE ESTE LIBRO ES UN ZOMBI

HERMANOS ABAD  
DIBUJOS DE DUMAKER

## AVISO IMPORTANTE

Algunas personas piensan que todo lo que te ocurre en la vida tiene un sentido, y que todo sigue una lógica, una ley del mundo que hace que antes o después cada uno reciba lo que se merece, o algo así.

Mi hermano y yo no tenemos nada en contra de esa manera de ver las cosas. Nos parece una forma tan válida como otra cualquiera de que la gente siga adelante con sus vidas, y no es nuestra intención cambiar la opinión de nadie.

Pero será mejor dejar claro desde el principio que este libro no enseña nada de eso.

No vamos a dar más explicaciones ni a intentar justificarnos. Tomamos la decisión de hacer público este documento, no para causar impresión a nadie, sino porque nos pareció que eso es lo

que al señor Dostoievsky le hubiera gustado que hiciéramos.

Lo conocimos en la tienda de artículos de segunda mano de Dionisio, en el puerto viejo. Antiguamente era una casa de pescadores, pero hace bastantes años que la reconvirtieron, por el lado que da a la playa, en un bar de tapas, y por el de atrás, en dos tiendas, una para veraneantes y esta que os decimos. Dionisio en realidad es un nombre que nos hemos inventado para no meter en problemas al personaje real.

A veces, al volver del instituto, nuestra madre nos envía allí para vender algún trasto que ya no merece la pena guardar en el sótano de casa. Pero en esta ocasión íbamos porque Dionisio también hace arreglos de cosas viejas. Unos días antes le habíamos llevado un cuadro pintado a mano que nuestra madre se había traído del piso de una vecina cuando la ayudó a limpiarlo después de haberlo tenido alquilado durante más de diez años.

—No estarás pensando en colgar esto en nuestro cuarto —le había dicho yo.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

—Es un poco cutre, ¿no? —dijo mi hermano Álvaro.

Desde luego que era cutre. Se trataba de uno de esos cuadros de campesinos que cuelgan en las casas de los abuelos. En él se veía a un labrador

abonando la tierra con estiércol. Digamos que el tema no entraba en nuestra idea de lo que debería formar parte la decoración de nuestro cuarto. Pero lo que hacía el cuadro especialmente cutre era que al labriego le faltaban los ojos. Era como si alguien se hubiera entretenido en raspar con un cuchillo la pintura de esa zona de la cara hasta hacerlos desaparecer, dejando asomar el lienzo blanco. No se nos ocurre quién habría podido hacer aquello, ni por qué siniestro motivo. Pero el caso es que estaba así, y con todo y con eso a nuestra madre le parecía que tenía arreglo.

—Mamá —dije yo—. Dionisio arregla cosas corrientes. No es un restaurador de cuadros.

—¿Y vosotros qué sabéis? —replicó ella—. Tenéis el cuarto desangelado. Le vendría bien aunque solo fuera un cuadro.

Nos había dicho que iba a hacer uno de nuestros platos favoritos para la cena de esa noche. No nos apetecía contradecirla y llevamos el dichoso cuadro del campesino a la tienda de objetos de segunda mano.

Como ya imaginábamos, Dionisio nos dijo que no era restaurador de arte, pero vería lo que podía hacer, y estuvo de acuerdo en que se lo dejáramos.

Pasaron unos días y nos presentamos de nuevo para recogerlo. Dionisio sacó el cuadro envuelto en una tela negra y lo colocó cuidadosamente so-

bre el mostrador. No nos habíamos hecho ninguna ilusión, ni esperábamos que nos gustara. Ni el más habilidoso restaurador de cuadros del mundo podría transformar un cuadro de un campesino en algo que a mi hermano y a mí nos interesara. Dionisio debió de notarlo, porque lo desliamos con pocas ganas y tardamos un rato en dejarlo al descubierto.

Pero lo que vimos al final nos dejó de piedra.



Como veis, el campesino ahora no solo tenía ojos, sino que toda la cara estaba pintarrajeada de arriba abajo. Y ya no parecía un labrador. Parecía una criatura salida del infierno. Sus grandes ojos no estaban puestos en el trabajo del campo, sino que

miraban fijamente hacia nosotros, como pidiendo ayuda, y daba la impresión de que se le iban a salir de un momento a otro. Era genial.

—Lo siento —dijo Dionisio—. Ha sido una metedura de pata. Pero no os preocupéis, la pintura añadida es a base de agua. Se puede quitar con facilidad.

Yo ya sabía lo que mi hermano estaba pensando. Los dos lo queríamos. Íbamos a tener un problema decidiendo en qué lado del cuarto lo pondríamos, si en el suyo o en el mío.

—¿Lo ha hecho usted? —pregunté.

Dionisio rio.

—No, yo no hago estas cosas. Desde hace unas semanas tengo un ayudante. —Nos miró con extrañeza—. ¿Es que os gusta?

Le dijimos que naturalmente, y le preguntamos si podía presentarnos al ayudante para darle las gracias en persona.

Dionisio se quedó sin saber muy bien qué decir.

—No es un hombre al que le guste mucho hablar con la gente. —Hizo una pausa, y añadió—: De hecho, ni siquiera yo le he oído decir gran cosa. Alguna palabra corta. Ah, y os pido por favor que no vayáis diciendo por ahí lo de que tengo un ayudante. No le he hecho contrato ni nada. Solo le doy algo de dinero a cambio de que me eche una mano de vez en cuando.

Al llegar a casa, fuimos directos al cuarto sin enseñarle el cuadro a nuestra madre. Estábamos seguros de que, si lo hacíamos, nos haría volver a llevarlo para que le quitaran la pintura añadida, mientras que, si lo veía ya colgado, era posible que se acostumbrase.

Decidimos a pares o nones que lo colgaríamos en el lado de Álvaro. Pero nuestra madre tenía razón. Las paredes estaban vacías y no les venía mal algo más de decoración. Habría estado bien que se hubiera traído de aquel piso de la vecina dos cuadros viejos en lugar de uno, y que los dos hubieran necesitado arreglos. Así habríamos podido colgar uno en cada lado del cuarto.

Al día siguiente, Álvaro y yo decidimos pasarnos de nuevo por la tienda de Dionisio. Le preguntamos si su ayudante estaría interesado en hacer cuadros por encargo, y cuánto nos costaría.

Dionisio se rascó la cabeza.

—Y yo qué sé, chicos. Pero no creo que esté pensando en emprender una carrera de artista.

Insistimos.

—Bueno —resopló—. Puedo preguntarle. ¿Qué queréis? ¿Uno del tamaño del otro día?

—Dos —dijo Álvaro.

Mi hermano y yo nos quedamos mirando el uno al otro.

—Uno para tu lado del cuarto —me explicó—. Y el otro para el mío.

–Pero tú ya tienes uno –le dije.

–No es lo mismo. Solo le hizo un retoque. Yo también quiero uno que sea suyo.

Dionisio nos miraba como si le costara trabajo creerse todo aquello.

–Entonces vas a tener dos, y yo solo uno –dije a mi hermano.

–Vale, ya sé. –Álvaro se volvió al tendero–. Queremos encargarle tres cuadros. –Se dirigió de nuevo a mí–. Uno para mi lado, y dos para el tuyo.

Dionisio meneó la cabeza, pero dijo que preguntaría y nos diría si era posible, y cuánto dinero pedía por aquello.

Cuando, unos días después, salimos de clase antes de lo normal, volvimos a pasar por la tienda. Dionisio nos recibió muy cordialmente. Ya de entrada, aquello nos dio buena impresión. Se metió en la trastienda y volvió a salir con una carpeta grande, del tamaño de un periódico abierto. La puso sobre el mostrador y la abrió ante nosotros. Estaba llena de hojas de papel y recortes de cartón, reciclados de embalajes, y sobre cada uno de ellos había un dibujo a base de tinta negra y de varios colores. Los dibujos eran impresionantes. Y no estamos hablando de tres. Debía de haber al menos veinte.

Aquí podéis ver algunos.







—Veréis —dijo Dionisio—, cuando le pregunté si estaba interesado en hacer tres cuadros para vosotros, no conseguí que me diera una respuesta. Entonces se me ocurrió traerle estos trozos de papel, unos pinceles y algunos botes de tinta, y dejárselos encima de la mesa a ver qué pasaba. El primer día no pareció interesarle demasiado. Cuando entré en el taller después de que se marchara, vi que no había tocado nada. Pero dos días después se había puesto a dibujar, y ya no paró. Se ha pasado los últimos cuatro días dibujando sin parar.

—Solo le habíamos pedido tres —dije yo, algo inseguro—. No creo que podamos permitirnos comprar todos estos.

—¿Por qué no? ¿Cuánto traéis?

Mi hermano y yo sacamos lo que llevábamos en los bolsillos. Contamos unos veinte euros en total.

–Hablaré con él –dijo Dionisio–. Hasta puede que deje que os los llevéis todos por este dinero.

–Pero se pasó cuatro días haciéndolos –dijo Álvaro. No parecía justo.

–Miradlo de esta manera –dijo Dionisio–: si montara una exposición con ellos y los vendiera, cosa improbable, es verdad que sacaría bastante más. Pero no creo que hacer exposiciones haya estado nunca entre sus planes, así que lo único que podrá obtener por ellos será lo que vosotros estéis dispuestos a pagar.

Mi hermano y yo nos cruzamos las miradas y asentimos con la cabeza. Dionisio tenía razón. Se veía que era hombre de negocios.

–Hagamos una cosa –continuó–. Llevaos, de momento, los tres que más os gusten a cambio de este dinero. Yo le preguntaré por cuánto le parece razonable que os llevéis el resto, pero le dejaré claro que no podéis pagarle mucho más.

Mi hermano y yo nos pasamos un buen rato mirando de uno en uno aquellos dibujos. Nunca nos había interesado gran cosa el arte, pero aquella tarde nos encontrábamos como mirando al interior de un ser humano a través de una grieta en su cabeza, por decirlo de alguna manera. Un ser humano bien interesante. Examinamos aquellas piezas tan minuciosamente como si fuéramos expertos coleccionistas de cuadros.

Era difícil decidirse. Todos eran igual de fascinantes, aunque imposibles de entender. En uno de ellos se veía a varias personas muertas yaciendo en espacios huecos bajo tierra, y un árbol que extendía sus raíces entre ellos. Varios dibujos representaban círculos de gente alrededor de un animal o tal vez de una figura con forma de animal. En uno se veía un gallo saliendo de la boca de un hombre. En otro, una mujer flotando en el aire, con la cabeza apuntando al suelo y los pies al techo, por encima de una silla a la que le faltaba una pata. Finalmente, nos decidimos por los tres dibujos que habéis visto.

Fue ya en casa cuando nos dimos cuenta de algo que nos mantuvo despiertos durante buena parte de la noche. Nuestra madre había quitado el cuadro del campesino echando estiércol tan pronto como lo vio. Quería que se lo lleváramos de nuevo a Dionisio para que lo dejara como antes, pero la convencimos de que nos permitiera conservarlo como estaba, aunque no nos dejara colgarlo de la pared y tuviera que quedarse metido en un cajón. Por eso dábamos por hecho que aquellos tres dibujos tendríamos que guardarlos en algún sitio, y que sería mejor que no los viera. Nos quedaba el consuelo de poder mirarlos un rato de vez en cuando. Y eso fue lo que hicimos la primera noche, cuando ya estábamos en la cama con la luz medio apagada, tan pronto ella nos dio las buenas noches y cerró la puerta.

Antes hemos dicho que aquellos dibujos eran imposibles de descifrar. Y lo eran. Pero Álvaro me señaló al personaje delgado y con un extraño y alto sombrero que se veía sobre el terreno en el dibujo de los muertos yaciendo bajo tierra, y luego me mostró cómo ese mismo personaje, con el mismo sombrero, aparecía en el dibujo de la mujer levitando cabeza abajo. No era fácil darse cuenta, pero se le podía ver a través de la ventana, bajo el árbol, tan lejos que era poco más que una mancha de tinta.

Álvaro pensaba que el ayudante de Dionisio estaba intentando contar una historia. Yo estaba de acuerdo, pero con solo tres dibujos era imposible hilvanar una historia con sentido. El hombre del sombrero era lo único que se repetía.

Al día siguiente volvimos a la tienda. Por la mañana, nuestra madre había sacado del sótano un souvenir de viaje para que se lo dejáramos en depósito a Dionisio hasta que algún turista lo comprara. Hacemos esto a menudo con trastos de la casa que ya no sirven para nada, pero en esta ocasión ni mi hermano ni yo le veíamos lógica alguna.

Era una reproducción en miniatura, en cerámica, de una iglesia de Niza. La habíamos comprado el verano del año anterior durante un viaje por el sur de Francia con ella y con nuestro padre, antes de que él nos dejara. Con los souvenirs que se compran

en vacaciones suele suceder que al cabo de unas pocas semanas uno ya no sabe qué hacer con ellos. Tratamos de explicarle que nadie iba a pagar por un suvenir traído de Francia. En todo caso, los turistas que pasaban por aquí querían comprar figurillas de toros, o muñecas en traje de flamenca. Pero ella no daba su brazo a torcer. Decía que era una iglesia muy bonita, y que tal vez alguien que entrara en la tienda buscando otra cosa se encaprichara con ella. Si había algo que la iglesia mostraba de particular, desde luego, era que no parecía francesa. Tenía varias torres rematadas con cúpulas llenas de adornos de colores, abultadas en la base y terminadas en punta. Es decir, que se parecía a esas catedrales rusas que se ven en imágenes de la Plaza Roja. Y a pesar de todo era una iglesia de Niza. Recordábamos haber estado en ella. Una iglesia ortodoxa rusa que se encontraba en el sur de Francia. ¿Quién iba a comprar eso?

Pero una madre siempre es una madre, así que aceptamos llevársela a Dionisio aquella tarde. De todas formas, cualquier razón era buena para darse una vuelta por su tienda. Aprovecharíamos para tratar con él el asunto de los dibujos de su ayudante que tan intrigados nos tenían.

Cuando llegamos a la tienda, nos olvidamos en seguida del suvenir de Niza y pasamos al tema de los dibujos.

—Pues es verdad —dijo Dionisio, tras examinarlos con detenimiento—. El hombre del sombrero se repite.

Sacó la carpeta del día anterior y extendió todos aquellos papeles y cartones sobre el mostrador. El hombre del sombrero aparecía de nuevo en otro de ellos. Aun así, era imposible encontrar un hilo conductor en las imágenes. Ni siquiera sabíamos qué orden seguían, si es que seguían alguno.

Le dijimos que nos gustaría conocer al artista y pedirle directamente a él que nos lo explicara.

—Hmm... —dijo—. No sé. Justo ahora está en el taller, me está arreglando una lámpara de mesa. Podría llevaros hasta él. —Se detuvo unos segundos, pensativo—. Pero es lo que os decía, no sería buena idea. Es un hombre bastante raro, creo que no está muy bien de la cabeza.

Nuestras miradas debieron de darle pena, porque finalmente suspiró y fue a poner el cartel de «CERRADO» en la puerta de entrada. Le echó la llave y, con la carpeta bajo el brazo, nos hizo señas para que lo siguiéramos al taller, que se encontraba en lo más hondo de la trastienda.

Pasamos por un montón de estantes de metal llenos de objetos de poca utilidad, cubiertos de polvo, que Dionisio había aceptado en depósito, a lo largo de los años, de gente como nuestra madre. Al fondo, en el centro de una pared vacía que tenía

el yeso descascarillado y lleno de manchas rojizas, había un marco de madera sin puerta y con los goznes oxidados y torcidos. Al otro lado del marco se abría una sala oscura con el suelo de cemento desnudo.

Dionisio nos pidió que esperáramos fuera y entró solo.

Sus pasos se fueron perdiendo en el interior hasta dejar de oírse. Solo llegaban a nuestros oídos los ruidos lejanos de la máquina tragaperras y la cafetera a presión del bar. Según nuestros cálculos, el bar se encontraba justo al otro lado del taller. Debían de estar separados por una pared demasiado vieja para impedir que entraran algunos ruidos.

—Hola, amigo —oímos decir finalmente a Dionisio—. ¿Cómo lo lleva?

No oímos que el ayudante respondiera nada.

—¿Se acuerda de aquellos dibujos que le pedí? —siguió Dionisio—. Pues están aquí los dos muchachos que mostraron tanto interés por ellos. Tienen muchas ganas de conocerle.

Otra vez se hizo el silencio, interrumpido por los ruidos de las máquinas del bar.

—¿Qué le parece? —preguntó Dionisio—. ¿Les digo que pasen?

Después de otra pausa, volvimos a escuchar los pasos de Dionisio acercándose. Su cabeza asomó por el marco y nos hizo una señal para que entráramos.



Caminamos tras él despacio y tratando de no hacer ruido, como se entra en una habitación de hospital donde se encuentra alguien convaleciente de una operación o una enfermedad grave.

El taller estaba en su mayor parte oscuro, pero se distinguían mesas de metal y estanterías repletas de objetos. Al fondo había un banco de carpintero con muchos trastos encima. La única fuente de luz estaba sobre aquel banco, y era una lámpara de las que suelen colocarse en las mesitas de las salas de estar. Estaba desarmada en parte, con la bombilla al descubierto, aunque la luz que daba era mortecina y no hacía daño a los ojos. Al pie de la lámpara, sobre la mesa, había tornillos, piezas de metal y la pantalla de tela con colgantes.

Frente a todo esto, y dando la espalda a la dirección por la que nosotros entrábamos, estaba sentado el hombre que ayudaba a Dionisio. Era muy alto y corpulento. Llevaba puesta una chaqueta negra bastante arrugada y sucia, y tenía la cabeza inclinada hacia un lado, de manera que una de sus orejas estaba mucho más cerca del hombro correspondiente que la otra. Era como si hubiera cogido dolor de cuello, o estuviera mirando alguna cosa de lado.

No se volvió a saludarnos, sino que continuó trabajando sobre la base de aquella lámpara. Movía algo entre las manos, seguramente un destornillador, y hacía con él pequeños ruidos metálicos. Cuando,

en compañía de Dionisio, llegamos lo bastante cerca como para verle la cara de perfil, le echamos unos cuarenta años mal llevados. Era moreno de piel, y tenía el pelo negro y rizado. No apartaba los ojos de su trabajo y los mantenía muy abiertos. Apenas parpadeaba.

Mi hermano y yo inclinamos ligeramente la cabeza y le dimos las buenas tardes.

Él detuvo el movimiento de sus manos y giró la parte alta de su cuerpo hacia nosotros. Fue entonces cuando vimos que sus pupilas eran negras y muy grandes, como el negro en los ojos de los perros. Y el poco blanco que le quedaba en ellos tenía una red muy tupida de venillas rojas de sangre. Sin expresar aparentemente nada con la mirada, abrió la boca tanto como se lo permitía su potente mandíbula. Pero de su interior no salió ninguna voz. Tan solo nos dejó ver, durante un rato, el enorme hueco de su garganta oscura. Luego la cerró muy despacio.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Dionisio.

Por toda respuesta, el ayudante se echó lentamente hacia atrás en su asiento y puso el destornillador dentro de un lapicero que había en la mesa. Entonces nos dimos cuenta de lo enormes que eran sus manos. Era asombroso que pudiera manejar con ellas aquel destornillador, tan pequeño en comparación que, entre sus dedos, parecía uno de esos lápices gastados de tanto sacarles punta, que ya casi no se pueden sujetar con la mano.

–Como ya os he contado, nunca recibe visitas –dijo Dionisio–. Sois unos privilegiados.

–No queríamos molestarle –se disculpó Álvaro–. Solo decirle que nos han gustado mucho sus dibujos.

–Es un manitas con todo lo que toca –añadió Dionisio.

–Nosotros... –dije yo, señalando a mi hermano y luego a mí– somos Álvaro y Jaime Abad. Los hermanos Abad.

Él siguió sin rechistar.

–¿Podemos preguntarle cómo se llama?

–Se lo he preguntado yo mismo muchas veces –dijo Dionisio–, pero nunca ha querido decírmelo.

El desconocido siguió mirándonos sin decir nada. Sus ojos se movían de mi hermano a mí, y de mí a mi hermano. Pero ni una sola palabra. Finalmente, Dionisio se encogió de hombros y se giró, indicándonos así, de manera disimulada, que era el momento de salir.

Mi hermano y yo nos despedimos del extraño levantando la palma de la mano y nos volvimos en dirección a la salida.

Entonces sucedió. A nuestras espaldas, por primera vez, oímos su voz, profunda y aguda:

–Dos...

Nos giramos hacia él.

–*Dos... toeks...* –dijo el extraño.

Dionisio estaba igual de sorprendido que nosotros.

—¿Cómo? —balbuceé yo.

El extraño asintió con la cabeza.

—*Dos... toievsky.*

—¿Dostoievsky?

—¿Es así como se llama? —preguntó Álvaro.

—*Dosto... ievsky* —dijo otra vez.

Mi hermano y yo nos cruzamos las miradas. Si os suena ese nombre, se debe a que es también el de un escritor ruso famoso de hace bastante tiempo. Estaba en nuestro libro de Historia. Es probable que Dionisio no hubiera oído nunca ese nombre, pero le resultaba lo bastante raro como para dirigirnos una mirada cómplice y llevarse el dedo a la sien, dando a entender que su ayudante no estaba muy en sus cabales.

—Robinson. Dostoievsky —volvió a decir el extraño.

—Un placer, señor hem... Robinson Dostoievsky —dije, y una vez más bajamos un poco la cabeza, a modo de saludo.

Se hizo otro silencio, más incómodo que los anteriores. Era como una de esas ocasiones en que te has presentado a alguien en una fiesta y ninguno de los dos sabe qué más decir.

Al cabo de unos segundos, el señor Dostoievsky levantó su enorme brazo, manteniéndolo tan estirado como si estuviera entablillado, y señaló con el dedo a mi hermano. Para ser más exactos, al objeto que mi hermano sujetaba en la mano, el souvenir que ha-

bíamos traído a Dionisio, y del que ya nos habíamos olvidado.

Álvaro adelantó la mano para mostrárselo.

–Es de Niza –dije yo.

Él, lentamente, meneó la cabeza arriba y abajo, como si ya lo supiera.

–¿Le gusta?

Volvió a asentir.

Entonces mi hermano tuvo una excelente idea.

–Quédeselo. No vale nada en realidad, pero... en fin, queríamos darle las gracias por los dibujos.

Álvaro caminó hacia él y dejó el suvenir sobre la mesa. Luego volvió a mi lado.

El señor Dostoievsky cogió la catedral con su manaza descomunal. Pensábamos que se pondría a mirarla de cerca, o a acariciar con la otra mano las cúpulas y las torres. Pero se limitó a sostenerla delante de su pecho como si fuera un diminuto cucurucho de bolas de helado. Mientras, sus ojos seguían saltando de mi hermano a mí. Al otro lado de la pared, en el bar, alguien acababa de llevarse un buen bote, porque nos llegó la musiquilla electrónica del premio seguida del ruido de las monedas cayendo a raudales sobre la bandeja de la máquina de juegos.

–Bonita camiseta –dijo mi hermano.

Era verdad. Ahora se veía bien que bajo la chaqueta llevaba una camiseta estampada con la cabeza de un felino negro enseñando los colmillos.

—¿Es una pantera? —preguntó Álvaro—. ¿Un puma?  
El señor Dostoievsky pareció desorientado.

—Su camiseta —dije yo—. Es el dibujo de una pantera, ¿verdad?

—Verdad —dijo él, manteniendo la mirada puesta en nosotros, sin inclinar la cabeza sobre el pecho para ver aquello de lo que estábamos hablando—. Pantera. Una pantera.

Yo intenté aprovechar que había entrado en un modo más comunicativo para avanzar en lo que habíamos venido a indagar.

—Señor Dostoievsky, hay algo que nos gustaría preguntarle. Es... sobre sus dibujos. —Miré a Álvaro—. Mi hermano y yo tenemos la impresión de que está intentando... en fin, contar una historia con ellos.

Él continuó haciendo rebotar su mirada entre los ojos de mi hermano y los míos.

Me acerqué a Dionisio y cogí de sus manos la carpeta que había traído de la tienda. Luego, seguido de mi hermano, caminé hasta el banco de carpintero, abrí la carpeta y extendí sobre él unos cuantos cartones con dibujos. Señalé al hombre del sombrero en uno de ellos.

—¿Ve aquí? Este personaje se repite en varios de sus dibujos. ¿Quién es?

Ante nuestra atenta mirada, él se limitó a proferir:

—Ha...

—¿Ha? —pregunté.

—¿Ha dicho... qué? —dijo el señor Dostoievsky.

—¿Ha dicho qué? ¿Este hombre ha dicho algo?

—No sé... cuándo —respondió.

—¿No sabe cuándo? —preguntó Álvaro—. ¿Cuándo qué?

—Cuando el círculo se cierra —respondió casi inmediatamente.

—¿Qué círculo? —pregunté yo.

Él giraba la cabeza hacia uno y otro de nosotros, algo aturdido.

—Yo no sé. El círculo y la tierra —dijo—. ¿Cuándo?

Apunté con el dedo al hombre del sombrero en otro de sus dibujos.

—Este hombre. ¿Es alguien que conoce?

Por primera vez, él desvió la mirada de la nuestra y la dirigió interrogativamente a Dionisio. Luego se volvió hacia la mesa y cogió los dibujos uno a uno, sin darse ninguna prisa. Los metió en la carpeta, la cerró... y me la ofreció. Yo la cogí.

Entonces nos dio la espalda y volvió a coger el destornillador. Se puso a trabajar con él en una pieza muy pequeña de la base de la lámpara. Una vez más, nos quedamos asombrados de que aquellas manos tan descomunales y endurecidas fueran capaces de hacer aquel trabajo tan preciso. Las movía muy despacio. Tal vez en esa lentitud estuviera el secreto de todo.

—¿Hay alguna historia en sus dibujos? —pregunté—. ¿Podría contárnosla?

Él siguió a lo suyo sin abrir la boca.

—Pensamos que sus dibujos son realmente buenos. —Mi hermano también intentaba, un poco a la desesperada, resucitar la conversación—. Podría hacer exposiciones y venderlos.

Ni caso.

Dionisio nos hizo gestos para que lo dejáramos en paz y saliéramos de allí en silencio, y nos acompañó hasta la puerta de salida de la tienda, dejando colgado el cartel de cerrado. Ya era casi de noche, y empezaba a refrescar. Si este fuera uno de esos libros que nos hacen leer en el instituto, es decir, uno de esos libros llenos de palabras, en los que lees cosas como «Sí —afirmó tal personaje» o «Buenas tardes —saludó este otro», en lugar de «Este dijo sí» y «Este otro dijo buenas tardes», en fin, si este fuera como uno de esos libros, aquí tocaría poner algo más elaborado, por ejemplo: «Todavía recuerdo aquel crepúsculo poblado de nubes gordas y apesadumbradas, que trepaban entre el desparramado enjambre de las primeras estrellas hacia un horizonte de un púrpura imposible». Pero solo pretendemos dejar por escrito los hechos tal cual sucedieron, y aunque aquel encuentro marcó el comienzo de unas revelaciones y unos sucesos terribles y asombrosos, no por eso dejó de tener el cielo su aspecto normal de casi todas las noches. Ni yo ni mi hermano recordamos haber notado en él nada fuera de lo corriente. Está claro que las cosas



más extraordinarias pueden suceder sin que por ello las nubes se pongan a moverse en remolinos ni empiecen a ocurrir fenómenos atmosféricos extraños.

Y así fue como conocimos al señor Dostoievsky.

Pronto volvimos a ver a Dionisio, pero no fue en su tienda. Mi hermano y yo estábamos en la playa escuchando música. Era un sábado por la mañana. Nos pareció que alguien nos llamaba y, cuando nos giramos, allí estaba Dionisio caminando hacia nosotros.

Nos contó que había llamado a casa para contarnos algo, y que nuestra madre le había dicho que era probable que nos encontrara en la playa. En la mano llevaba un sobre de papel manila del que sacó una fotografía vieja en blanco y negro.



—¿Qué os parece?

No supimos qué decirle.

—La he encontrado en un bolsillo de la chaqueta de mi ayudante. Ya sabéis, el que os presenté el otro día. Se la dejó en el taller, y como hace varios días que no viene a trabajar, me he puesto a rebuscar en los bolsillos, por si encontraba un documento de identidad. Creo que debería hablar de él a la policía. A lo mejor su familia lo está buscando. Pero no llevaba ningún documento. Esto es lo que he encontrado.

—¿Crees que podrían ser sus padres? —pregunté.

—¿Por qué no?

La mujer no llevaba el pelo recogido en una trenza, pero nada impedía que fuera la que aparecía en los dibujos, levitando en el aire. El hombre estaba más claro, gracias al sombrero y a su figura alargada. Sus ojos tenían algo de misterioso, pero eran sobre todo los de la anciana los que miraban con una intensidad especial y aterradora. En cuanto a lo de que resultaran ser los padres del señor Dostoievsky... mi hermano y yo no estábamos en absoluto convencidos. Eran bastante exóticos. El señor Dostoievsky tenía la piel oscura, pero no nos había parecido extranjero, ni mestizo.

—Tenéis razón —dijo Dionisio cuando le contamos lo que pensábamos—. Pero a mí estas dos caras, además, me resultan familiares. Me parece que las he visto en algún sitio. Solo que no puedo decir dón-

de. Ni cuándo. No consigo acordarme, por muchas vueltas que le dé.

Lo que la foto producía en nosotros era una sensación distinta, más inquietante. Al contrario que a Dionisio, aquellos dos rostros no nos sonaban de nada. Pero había algo raro, antinatural, en aquel retrato aparentemente normal. Nos pasamos todo el día hablando de esto Álvaro y yo. Era como si a aquella imagen le faltara algo. Algo que tenía que estar ahí y, sin embargo, no estaba. Algo tan cotidiano que un primer vistazo nos tendría que haber bastado para descubrir qué era, aunque, por mucho que miráramos, no conseguíamos dar con el problema. Parecía que aquellos dos extraños estuvieran burlándose de nosotros, haciéndonos ver algo que no podía ser y que nunca lograríamos señalar con el dedo.

En los días siguientes el señor Dostoievsky volvió a la trastienda, y retomó la costumbre de dibujar. Dionisio le preguntó sobre los ancianos de la fotografía, pero, según nos contó, su ayudante se había limitado a encogerse de hombros.

Nosotros lo visitamos en un par de ocasiones.

—¿Ha estado en Niza antes? —le pregunté por quinta o sexta vez.

—Ya lo he dicho. Atravesando varios días —respondió.

—¿Es de allí de donde viene?

—Después de dar una vuelta, sí.

A Álvaro se le ocurrió llevar un mapa de España que había encontrado en casa.

—¿De dónde ha venido? ¿Puede señalarlo con el dedo?

Después de unos segundos sin que el señor Dostoievsky hiciera nada, mi hermano dio la vuelta al papel, dejando ver un mapa del mundo.

—¿Mejor así? —preguntó.

El señor Dostoievsky movió la mano hasta dejar el dedo encima de una gran letra N en la parte de arriba de una estrella de ocho puntas en medio del océano.

—¿Quiere decir Norte? —preguntó Álvaro.

Él asintió, y movió el dedo a la punta de abajo.

—¿Sur? —dijo Álvaro.

Él siguió señalando puntos cardinales con el dedo.

—Este... Oeste —continuó Álvaro.

—Este, Oeste, Norte, Sur —dijo entonces el señor Dostoievsky, contando con los dedos, dos de una mano y dos de la otra.

—Ajá —dije yo.

—Los que faltan, ¿dónde están? —preguntó.

—¿Cómo van a faltar? Son los cuatro puntos cardinales.

Entonces añadió dos dedos más a los cuatro que ya tenía extendidos, mientras decía:

—Faltan: Antes... y Después.

—Ah, pues es verdad —le respondí—. Muy astuto.

Aunque su rostro no mostrara ninguna emoción, teníamos la impresión de que estaba jugando con nosotros.

—Falta uno más —dijo.

—¿Cuál? —le pregunté.

—Nunca. —Y añadió un dedo más a los seis extendidos.

—Sí, claro —dije—. Con eso hacen siete.

—Por favor.

Siempre que decía «por favor» era como si nos estuviera invitando a que le hiciéramos más preguntas. Yo le señalé una vez más la fotografía de los dos ancianos

—¿Fue en Niza donde conoció a estas personas?

—No. En Niza estaba la pantera, necesariamente.

—¿La pantera? —dijo Álvaro—. Sería en el zoológico.

—Sería en el zoológico —respondió.

No era la primera ni la última vez que sacaba el tema de la pantera, sin que viniera a cuento. Le enseñé un ejemplar de *Crimen y castigo*, la novela más famosa de Fiódor Dostoievsky, el escritor ruso, que habíamos sacado de la biblioteca del instituto. Queríamos saber qué relación podía tener con ese autor del que había tomado prestado el nombre.

—¿Ha leído este libro?

Él lo cogió en sus manos y se pasó un ratito observando la portada y la contraportada. Lo abrió por las últimas páginas. Negó con la cabeza, y me lo devolvió.

–Ya nos imaginamos que no ha leído *este* libro en concreto –dije–. Lo que le preguntaba es si ha leído un libro con el mismo título.

–Entonces te diré que sí –respondió–. Es uno de los dos.

–¿Uno de los dos? –dijo Álvaro–. ¿Hay otro libro?

–En el fondo, sí.

Esto me llevó a pensar en el curioso nombre de pila que se había puesto, Robinson. Mi hermano estaba pensando exactamente lo mismo, y preguntó:

–¿Conoce un libro sobre un naufrago que pasa mucho tiempo solo en una isla desierta?

Él asintió. Pero no hizo ademán de querer hablar.

–Ro... –dije yo, invitándole con el gesto a que completara el título–. Robin...

Pero no había manera.

–*Robinson Crusoe* –terminé diciendo.

–Robinson no sé –dijo él entonces–. Tal vez el próximo viernes.

Y así todo.

Entre mi hermano y yo compramos una veintena de dibujos del señor Dostoievsky, y en total no llegamos a pagar por ellos más de treinta euros, que sacamos de nuestros ahorros.

En el instituto gustaron bastante. Pero no olvidamos lo que Dionisio nos había pedido, que no difun-

diéramos que tenía un ayudante, así que contamos a todos que eran de un artista con el que nuestros padres habían hecho amistad en Niza, y que deseaba permanecer en el anonimato.

El éxito fue considerable. No había clase en la que alguien no estuviera dispuesto a comprar al menos uno de los dibujos. Esto nos hizo plantearnos la posibilidad de montar una exposición con toda su obra. Dionisio nos decía que continuaba dibujando. Pero pronto caímos en la cuenta de que no sería fácil. El instituto tiene una pequeña sala para exposiciones, pero el director no nos iba a dejar que montáramos nada allí, no sin antes mirar con lupa y uno a uno los dibujos que pensábamos colgar. Y cuando lo hiciera, nos echaría de su despacho y ahí terminaría todo. Si probábamos en un bar o una cafetería, el dueño nos diría que esos dibujos podían espantar a los clientes. Abandonamos pronto la idea.

Entonces, un día cualquiera y sin previo aviso, el señor Dostoievsky dio un paso más.

Dionisio vino a nuestro encuentro al salir de clase, anunciando que estábamos de suerte. El señor Dostoievsky no estaba en el taller cuando llegamos, y Dionisio nos dijo que hacía dos días que no aparecía. Dionisio había vuelto a buscar entre sus cosas, tratando de dar con algún indicio sobre su familia o el lugar de donde venía. Y en medio de una pila de cartones, había encontrado varias hojas escritas por las dos caras. Esta es una de ellas.





No solo estaba toda escrita en letras mayúsculas y sin puntuación, sino que además muchas letras eran indescifrables, y las palabras, cuando las había, no formaban frases que tuvieran sentido. Y, sin embargo, no teníamos la impresión de que el señor Dostoievsky no supiera escribir. Más bien parecía que había sido capaz de escribir en algún momento de su vida, y que ahora esa capacidad se veía impedida por algún fallo en su sistema, como si las palabras se le perdieran en el camino que va de la cabeza a la mano.

Pero eso no era lo importante. El señor Dostoievsky se había puesto a escribir. Aquello confirmaba nuestra primera teoría. Al margen de lo peliaguda que la tarea le resultara, y de las respuestas tan extrañas y evasivas que daba a nuestras preguntas, estaba claro que el señor Dostoievsky se afanaba por contar algo al mundo.

Y ese algo no podía ser más que una cosa: su historia.

Lo que, finalmente, nos permitiría ayudarlo a alcanzar ese objetivo nos llegó de la mano de un amigo de nuestra madre, Rico.

Rico es un funcionario del ayuntamiento y últimamente no para de hacerle visitas a nuestra madre. Siempre trae algún trasto, o algún artículo de periódico, o anécdotas del trabajo, con los que trata

de impresionarnos y demostrarnos lo listo que es. A veces viene con un pequeño telescopio. Entonces subimos a la azotea, y él consulta una guía que viene en el suplemento dominical del periódico para saber en qué lugar del firmamento se encuentra algún planeta, y apuntar a él con el telescopio. Como esto suele resultar más difícil de lo que él cree, y además el telescopio no tiene muchos aumentos, lo más normal es que terminemos mirando por enésima vez los cráteres de la Luna. Pero él se enorgullece de saber los nombres de todas las constelaciones, y a veces dice la distancia que nos separa de alguna estrella en años luz.

—El universo —acaba diciendo— es el lugar más extraordinario que existe. Tenemos mucha suerte de vivir en él.

Mi hermano y yo suponemos que le gustaría hacer con nuestra madre algo más que señalarle los planetas. Pero ella no le da muchas esperanzas. Son amigos desde la infancia. Seguramente entre ellos todo ha sido siempre así.

Pues bien, poco después de que descubriéramos las primeras páginas escritas por el señor Dostoievsky, Rico vino a casa con un magnetófono, un aparato para grabar voces en una cinta magnética enrollada en dos bobinas. Una cosa de la prehistoria, aunque por eso mismo resultaba interesante verla funcionar.

Grabamos nuestras voces y luego, tras rebobinar la cinta, las escuchamos. Debía de haber algún defecto en

su funcionamiento, porque de vez en cuando nuestras voces se ralentizaban y sonaban graves y distorsionadas. Cuando esto ocurría, Rico le daba un golpe y el aparato volvía a su velocidad normal. De todas formas, nos gustaba escucharnos a cámara lenta y la sensación que producía estar hablando delante de esas dos grandes bobinas, con el ruidito que hacen mientras dan vueltas, como dos ojos abiertos que te escuchan.

A Rico se le ocurrió que podíamos grabar con ella su próxima lección de astronomía en la azotea. Pero cuando se fue, dejándonos el magnetófono, se nos ocurrió una idea mejor. ¿Para qué grabar la perorata de Rico, cuando a escasas manzanas de nuestra casa había un sujeto con algo realmente interesante que contar?

Antes de proponerle la idea a Dionisio, hablamos mucho sobre esto entre nosotros. Cierto que el señor Dostoievsky no era ni mucho menos directo en las respuestas que daba a nuestras preguntas. Pero cabía la posibilidad de que, viéndose ante aquellas dos grandes bobinas giratorias en las que quedaban grabadas sus palabras, su cabeza se centrara y lograra darnos una narración algo más coherente. Seguramente no funcionaría igual si hubiéramos usado una Handycam. Cuando menos tenía por fuerza que resultarle más sencillo que sus penosos intentos de escribir.

Después, Álvaro y yo transcribiríamos las entrevistas grabadas, y el resultado sería un libro, su libro, directo de la mente del señor Dostoievsky a los ojos del lector. No podíamos imaginar una manera más sencilla y directa para un autor de dar a conocer a sus lectores la historia que quiere contar.

En seguida pasamos a explicar nuestro plan a Dionisio. No queríamos que Rico supiera nada de esto, así que el magnetófono debía permanecer en nuestra casa cuando no estuviéramos haciendo una entrevista. Cada vez que tuviéramos una programada, Dionisio se pasaría en su coche para llevarnos a nosotros y al magnetófono hasta su tienda. Antes, nos llamaría para confirmar que el señor Dostoievsky estaba en el taller. Decidimos que la hora en la que más comunicativo se mostraba era a la caída de la noche, y por suerte a esa hora nuestra madre no estaba en casa, así que no se daría cuenta de que nos ausentábamos ni sospecharía nada. Decidimos también que, después de cada entrevista, dejaríamos pasar un día antes de la siguiente, para no agotar demasiado al señor Dostoievsky. Pero, salvo que él no apareciera por el taller, intentaríamos que no pasaran más de dos días entre una entrevista y la siguiente, para evitar que se descentrara.

Todo ocurrió más o menos como estaba previsto. Durante las siguientes dos semanas hicimos un total

de cinco entrevistas. Tras cada una de ellas, Dionisio nos volvía a traer a casa, con el magnetófono. Entonces mi hermano y yo hacíamos una cuidadosa transcripción del contenido de cada grabación y la volvíamos a grabar en un pequeño mp3 para dejarla archivada. Luego borrábamos la bobina y evitábamos así que Rico llegara a escuchar nada.

Lo que sigue, por tanto, es la historia del señor Dostoievsky tal y como él nos la contó, sin ningún corte, y sin ninguna elaboración por nuestra parte. En todo este asunto hemos optado por la autenticidad, y por ser fieles a su voluntad. Es una obra bastante corta si la comparáis con libros autobiográficos de personajes importantes y famosos. Pero al señor Dostoievsky las palabras no le venían con facilidad. Teniendo en cuenta esa limitación, su trabajo tiene al menos tanto mérito como uno de esos libros de memorias que habréis visto en las mesas de novedades de las librerías.

Cuando alguna palabra no se entendía del todo, hemos escrito la que nos parecía más probable, pero, por lo general, lo hemos podido entender todo sin gran dificultad. Tenemos que advertir, eso sí, que el señor Dostoievsky usaba unos giros y unas expresiones algo peculiares. Nosotros no hemos cambiado ni una coma de lo que dijo. El señor Dostoievsky era así, y si le pareció oportuno expresarse de un modo diferente a como lo hace el común de la gente, en

un estilo propio... no hay nada que decir, salvo que esa es una inclinación de muchos escritores, al fin y al cabo.

Como decíamos al principio, no es una historia para todos los públicos. El título que finalmente le hemos puesto debería ser lo bastante claro como para que nadie se llame a engaño. Ahora es un buen momento para dejarla si pensáis que no es lo que os apetece leer. Puede que, después de haber llegado hasta aquí, tengáis curiosidad por saber cómo sigue, pero quedáis advertidos de que, una vez que empecéis el primer capítulo, os será más difícil dejarlo. Y entonces tendréis que seguir leyendo. Hasta el final.

Lo que queremos decir es que, si decidís continuar, lo hacéis por vuestra cuenta y riesgo.

Y con esto ya hemos avisado de sobra. Los que así lo queráis podéis pasar adelante.

Hermanos Abad